

Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan

Esos movimientos de rebeldía que tenemos en la sangre nosotros los mexicanos surgen como ríos desbocados en mis venas. Y como mi raza, que cada en cuando deja caer esa esclavitud de obedecer, de callarse y aceptar, en mí está la rebeldía encimita de mi carne. Debajo de mi humillada mirada está una cara insolente lista para explotar. Me costó muy caro mi rebeldía —acalambada con desvelos y dudas, sintiéndome inútil, estúpida e impotente.

Me entra una rabia cuando alguien —sea mi mamá, la Iglesia, la cultura de los anglos— me dice haz esto, haz eso sin considerar mis deseos.

Repelé. Hablé pa'tras. Fui muy hocicona. Era indiferente a muchos valores de mi cultura. No me dejé de los hombres. No fui buena ni obediente.

Pero he crecido. Ya no solo paso toda mi vida botando las costumbres y los valores de mi cultura que me traicionan. También recojo las costumbres que por el tiempo se han probado y las costumbres de respeto a las mujeres. Pero a pesar de mi tolerancia cada vez mayor, para esta Chicana la guerra de independencia es una constante.

La fuerza de mi rebeldía

Tengo un recuerdo muy claro de una vieja foto: tengo seis años. Estoy de pie entre mi madre y mi padre, con la cabeza inclinada hacia la derecha, con los dedos de mis pies planos aferrándose al suelo. Agarro la mano de mi madre.

Hasta el día de hoy no estoy segura de dónde encontré la fuerza para abandonar la fuente, la madre, para separarme de mi familia, *mi tierra, mi gente* y todo lo que representaba aquella foto. Tuve que irme de casa para poder encontrarme a mí misma, encontrar mi propia naturaleza intrínseca enterrada bajo la personalidad que se me había impuesto.

Yo fui la primera persona en seis generaciones que se marchó del Valle, la única de mi familia que se fue de casa. Pero no dejé todas las partes de mí: mantuve el fundamento de mi propio ser. Sobre esa base me fui alejando, llevando conmigo la tierra, el Valle, Texas. *Gané mi camino y me largué. Muy andariega mi hija. Como me fui por decisión propia, me dicen: «¿Cómo te gusta la mala vida?».*

Desde muy temprana edad tuve un sentido muy claro de quién era, de lo que quería y de lo que era justo. Tenía una voluntad fuerte, era testaruda. Esa voluntad intentaba continuamente movilizar mi alma bajo mi propia soberanía, vivir mi vida a mi manera, por muy inapropiada que les pareciera a los demás. *Terca. Ni siquiera de niña era obediente. Era «haragana».* En lugar de plancharle las camisas a mi hermano pequeño o limpiar los armarios, me pasaba largas horas estudiando, leyendo, pintando, escribiendo. Cada pedacito de fe en mí misma que había reunido concienzudamente se llevaba una golpiza diaria. Nada en mi cultura me proporcionaba aprobación. *Había agarrado malos pasos. Algo en mí estaba «muy mal». Estaba más allá de la tradición.*

Hay una rebelde en mí —la Bestia-Sombra—. Es una parte de mí que se niega a obedecer las órdenes de autoridades externas. Se niega a obedecer a mi voluntad consciente, amenaza la soberanía de mi gobierno. Es esa parte de mí que odia las restricciones de cualquier tipo, incluso las autoimpuestas. A la primera señal de limitaciones sobre mi tiempo o mi espacio por parte de otras personas, suelta una cox con los dos pies. Sale a escape.

Tiranía cultural

La cultura conforma nuestras creencias. Percibimos la versión de la realidad que transmite esa cultura. Los paradigmas dominantes, conceptos predefinidos que existen como algo incuestionable que no se puede desafiar, llegan a nosotros por medio de la cultura. La cultura está hecha por quienes tienen el poder —los hombres—. Los hombres hacen las normas y las leyes; las mujeres las transmiten. ¿Cuántas veces he oído a madres y suegras decirles a sus hijos que golpeen a su esposa por no obedecerlos, por ser *hociconas*, por ser *callejeras* (por ir a ver a las vecinas y chismorrear con ellas), por esperar que sus maridos ayuden con las tareas de la casa y con la crianza de los niños, por querer ser algo más que amas de casa?

La cultura espera que las mujeres muestren mayor aceptación del sistema de valores que los hombres y mayor compromiso con él. La cultura y la Iglesia católica insisten en que las mujeres deben estar al servicio de los hombres. Si una mujer se rebela, es una *mujer mala*. Si una mujer no renuncia a sí misma en favor del hombre, es una egoísta. Si una mujer sigue siendo *virgen* hasta que se casa, entonces es una mujer buena. Para una mujer de mi cultura, solo había tres direcciones hacia las que podía voltearse: hacia la Iglesia católica haciéndose monja, hacia la calle volviéndose prostituta o hacia el hogar, como madre de familia. Hoy en día algunas de nosotras tenemos una cuarta opción: adentrarnos en el mundo por medio de una educación y una carrera profesional y convertirnos en personas autónomas. Solo unas pocas. Como personas de clase trabajadora, nuestra actividad principal es conseguir comida para alimentarnos, un techo que nos cobije y ropas con que vestirnos. Proporcionar a nuestras hijas e hijos una educación no está al alcance de la mayor parte de nosotras. Con instrucción o sin ella, sigue siendo responsabilidad de la mujer convertirse en esposa-madre —solo las monjas pueden escapar a la maternidad—. Se hace sentir a las mujeres que son un fracaso completo si no se casan y tienen hijos. «¿Y cuándo te casas, Gloria? Se te va a pasar el tren». Y yo les digo: «Pos si me caso, no va a ser con un hombre». Se quedan calladitas. Sí, soy hija de la Chingada. Siempre he sido su hija. No 'tés chingando.

Los seres humanos temen lo sobrenatural, tanto lo antídívino (los impulsos animales como la sexualidad, el inconsciente, lo desconocido, lo extraño) como lo dívino (lo suprahumano, el dios en nosotros). La cultura y la religión buscan protegernos de estas dos fuerzas. La hembra es temida, por ser capaz de crear entidades de carne y sangre en su panza (sangra cada mes, pero no muere), por estar en sintonía con los ciclos de la naturaleza. Como, de acuerdo con el cristianismo y la mayor parte de las principales religiones, la mujer es carnal, animal y está más cerca de lo antídívino, debe ser protegida. Protegida de sí misma. La mujer es lo extraño, lo otro. Ella es una de las pesadillas reconocidas del hombre, su Bestia-Sombra. La visión de ella hace que él entre en un frenesí de enojo y de miedo.

La gorra, el rebozo, la mantilla son los símbolos de cómo mi cultura «protege» a las mujeres. La cultura (léase los hombres) afirma proteger a las mujeres. En realidad, lo que hace es mantenerlas en papeles rigidamente definidos. Mantiene a la niña lejos de otros hombres —no caces clandestinamente en mis dominios, solo yo puedo tocar el cuerpo de mi niña—. Nuestras madres nos enseñaron bien: «*Los hombres nomás quieren una cosa*»; no se puede confiar en ellos, son egoístas y se comportan como niños. Las madres se aseguraban de que no entráramos vestidas con un camisón o pantalones cortos en un cuarto donde estaban nuestros hermanos, padres o tíos. Nunca se nos dejaba a solas con los hombres, ni siquiera los de nuestra propia familia.

A través de nuestras madres, la cultura nos transmitió mensajes cruzados. *No voy a dejar que ningún pelado desgraciado maltrate a mis hijas.* Y a continuación decía: *La mujer tiene que hacer lo que le diga el hombre.* ¿En qué quedamos, fuertes o sumisas, rebeldes o conformistas?

La prevalencia de los derechos tribales por encima de los del individuo aseguraba la supervivencia del grupo y eso era necesario en aquel momento y sigue siendo necesario en la actualidad, en el caso de todos los pueblos indígenas del mundo que siguen defendiéndose del asesinato intencionado, premeditado (genocidio).

Mucho de lo que condena la cultura se centra en las relaciones de parentesco: el bienestar de la familia, de la comunidad y de la tribu es más importante que el del individuo. El individuo existe en primer lugar como pariente —como hermana, como padre, como *padrino*—, y en segundo lugar, como ser individual y separado.

En mi cultura se rechaza el egoísmo, en particular en las mujeres; la humildad y la abnegación, la ausencia de egoísmo se consideran una virtud. En el pasado, mostrarse humilde con personas de fuera del círculo familiar garantizaba que no se provocara la *envidia* (*envy*) de nadie, con lo que esa persona no usaría brujerías contra nosotros. Si te elevas por encima de ti misma, eres una *envidiosa*. Si no te comportas como todo el mundo, *la gente* dirá que te crees mejor que los demás, *que te crees grande*. Con la ambición (condenada en la cultura Mexicana y valorada en la *Anglo-Saxon*) llega la envidia. El respeto lleva consigo una serie de normas, de manera que se mantengan inalteradas las categorías y jerarquías sociales: el respeto se reserva para *la abuela, papá, el patrón*, quienes disfrutan de poder en la comunidad. Las mujeres se encuentran en la parte más baja de la escalera, solo un peldaño por encima de los aberrantes y desviados. La cultura Chicana, *mexicana* y otras culturas indígenas no toleran la desviación. La desviación es todo lo que sea condenado por la comunidad. La mayor parte de las sociedades intenta librarse de sus desviados. La mayor parte de las culturas ha quemado y apaleado a sus homosexuales y a todo el que se desvía del común sexual.¹ Los homosexuales, los *queers* son el espejo que refleja el miedo de la tribu heterosexual: ser distinto, ser otro y, por lo tanto, ser menos, por lo tanto, ser sub-humano, in-humano, no-humano.

¹ Francisco Guerra, *The Pre-Columbian Mind: A Study into the Aberrant Nature of Sexual Drives, Drugs Affecting Behaviour, and the Attitude towards Life and Death with a Survey of Psychotherapy in Pre-Columbian America*, Nueva York, Seminar Press, 1971.

Mitad y mitad

Había una *muchacha* que vivía cerca de mi casa. La gente del pueblo decía que era *una de las otras*, «*of the Others*». Decían que durante seis meses era una mujer, que tenía vagina y sangraba cada mes, y que durante los otros seis meses era un hombre, que tenía pene y meaba de pie. La llamaban mitad y mitad, *mitá' y mitá'*, ni una cosa ni otra, sino un extraño carácter doble, una desviación de la naturaleza que provocaba terror, un trabajo invertido de la naturaleza. Pero la anormalidad y la llamada deformidad poseen un elemento mágico. Según el pensamiento mágico-religioso de las culturas primitivas se creía que las personas mutiladas, dementes y sexualmente distintas poseían poderes sobrenaturales. Para ellos, la anormalidad era el precio que una persona tenía que pagar por ese extraordinario don con el que había nacido.

Hay algo emocionante en ser a la vez macho y hembra, tener entrada a ambos mundos. Contrariamente a lo que afirman ciertos dogmas de la psiquiatría, las personas «mitad y mitad» no sufren confusión sobre su identidad sexual o sobre su género. Por lo que sufrimos es por una dualidad absolutamente despótica que asegura que solo podemos ser una cosa o la otra. Afirma que la naturaleza humana es limitada y no puede evolucionar hacia algo mejor. Pero yo, como otras personas *queer*, soy dos personas en un cuerpo, masculino y femenino. Yo soy la encarnación del *hieros gamos*: la reunión en una sola entidad de atributos opuestos.

Homofobia: miedo de ir a casa

Para la mujer lesbiana de color, la rebelión última que puede llevar a cabo contra su cultura de origen es por medio de su comportamiento sexual. Se vuelve contra dos prohibiciones morales: la sexualidad y la homosexualidad. Lesbiana criada en la religión católica y adoctrinada como heterosexual, yo *elegí ser queer* (para algunas personas es inherente genéticamente). Es un camino interesante, uno que no deja de entrar y salir de lo blanco, lo católico, lo mexicano, lo indígena, los instintos. Entrando y saliendo

de mi cabeza. Eso puede hacer que una persona se vuelva loca, que le entre *loquería*. Es un camino de conocimiento —es un sendero de conocer (y de aprender) la historia de opresión sufrida por nuestra *raza*—. Es una forma de equilibrar, de suavizar la dualidad.

En una universidad de Nueva Inglaterra donde daba clases, la presencia de unas pocas lesbianas hacía que los alumnos y profesores heterosexuales más conservadores entraran en pánico. Las dos alumnas lesbianas y las dos profesoras que éramos lesbianas nos reunimos con ellos para comentar sus temores. Uno de los alumnos comentó: «Yo pensaba que homofobia significaba miedo de ir a casa después de un periodo de residir en otro lugar».

Y yo pensé: qué apropiado. Miedo de ir a casa. Y de que no te acepten. Nos da miedo que nos abandone la madre, la cultura, *la Raza*, porque no somos aceptables, somos defectuosas, estamos estropeadas. La mayor parte de nosotras cree inconscientemente que, si mostramos ese aspecto inaceptable del ser, nuestra madre-cultura-raza nos rechazará de plano. Para evitar ese rechazo, algunas de nosotras nos amoldamos a los valores de la cultura, forzamos a las partes inaceptables a quedarse en las sombras. Lo que nos deja solo un temor —que nos descubran y que la Bestia-Sombra consiga liberarse de su jaula—. Algunas de nosotras tomamos otro camino. Intentamos hacernos conscientes de la Bestia-Sombra, miramos fijamente el deseo sexual y el ansia de poder y de destrucción que vemos en su rostro, distinguimos entre sus rasgos la sombra que el orden imperante de machos heterosexuales proyecta sobre nuestra Bestia. Con todo, algunas otras vamos un paso más allá: intentamos despertar a la Bestia-Sombra que llevamos dentro. No muchas personas abordan con entusiasmo el enfrentar a la Bestia de Sombra en el espejo sin encogerse ante sus ojos de serpiente sin pestañas, esa mano fría, húmeda y sudada que nos arrastra al inframundo, siseando y mostrando sus colmillos. ¿Cómo se empluma a esa serpiente en particular? Pero unas pocas hemos sido afortunadas —en el rostro de la Bestia-Sombra hemos visto no lujuria, sino ternura; en su rostro hemos desvelado la mentira—.

Terrorismo íntimo: vida en las tierras fronterizas

El mundo no es un lugar seguro en el que vivir. Temblamos en celdas separadas en ciudades valladas, con los hombros hundidos, conteniendo apenas el pánico bajo la epidermis, bebiendo *shock* cada día junto con el café de la mañana, temiendo las antorchas que se acercan a nuestro edificio, los ataques en las calles. Nos cerramos. La mujer no se siente segura cuando su propia cultura, y la cultura blanca, la critican; cuando los machos de todas las razas le dan caza.

Enajenada de su cultura madre, sintiéndose «ajena» en la cultura dominante, la mujer de color no se siente segura dentro de la vida interior de su ser. Paralizada, no es capaz de reaccionar, su rostro atrapado en *los intersticios*, los espacios entre los distintos mundos que habita.

La capacidad de reaccionar es lo que se designa como responsabilidad y, sin embargo, nuestras culturas nos roban la capacidad de actuar, nos ponen grilletes a fin de protegernos. Bloqueadas, inmovilizadas, no podemos avanzar, no podemos retroceder. Ese movimiento sinuoso de serpiente, el movimiento mismo de la vida, rápido como el rayo, congelado.

No nos implicamos por completo. No hacemos un uso completo de nuestras facultades. Nos abnegamos. Y ahí ante nosotras llega la encrucijada donde hay que elegir: sentirse una víctima de modo que sea otra persona quien tenga el control y, por lo tanto, la responsabilidad para que así podamos echarle la culpa (ser una víctima y transferir la culpa a la cultura, la madre, el antiguo amante, las amigas, me absuelve a mí de responsabilidad), o sentirse fuerte y, la mayor parte del tiempo, tener el control.

Mi identidad chicana se fundamenta en la historia de resistencia de la mujer india. Los ritos de duelo de las mujeres aztecas eran ritos de desafío en los que se protestaba por su degradación a un estatus inferior, su denigración y se condenaban los cambios culturales que perturbaban la equidad y el equilibrio entre hembra y macho. Como *la Llorona*, el único modo de protestar de la mujer india era *plañir*.

Así que mamá, Raza, qué maravilla, *no tener que rendir cuentas a nadie*. Me siento totalmente libre para rebelarme y despotricar contra mi cultura. No tengo ningún miedo a que esto sea una traición, porque, a diferencia de otras Chicanas y mujeres de color que fueron educadas como blancas y que solo han vuelto recientemente a sus raíces culturales originarias, yo crecí totalmente inmersa en las mías. No «vi» blancos hasta que fui al instituto y no estuve nunca cerca de ellos hasta que empecé mi maestría. Yo vivía totalmente inmersa en *lo mexicano*, un *mexicanismo* rural, campesino, aislado. Para separarme de mi cultura (como de mi familia) tuve que sentirme lo suficientemente competente en el afuera y lo suficientemente segura en mi interior para vivir la vida yo sola. Y, sin embargo, al irme de casa no perdí el contacto con mis orígenes porque *lo mexicano* forma parte de mi organismo. Soy una tortuga, por donde voy, cargo «mi hogar» a la espalda.

No yo traicioné a mi gente, sino ellos a mí. De modo que sí, aunque el «hogar» permea cada tendón y cada cartílago de mi cuerpo, a mí también me da miedo ir a casa. Aunque defiendo mi raza y mi cultura cuando se las ataca por parte de no *mexicanos*, *conozco el malestar de mi cultura*. Rechazo algunos de los modos de esa cultura mía, cómo lisa a sus mujeres, *como burras*, usando nuestra fortaleza contra nosotras, insignificantes *burras* que soportamos la subordinación con dignidad. La aptitud para servir, defienden los machos, es nuestra virtud más elevada. Detesto cómo mi cultura convierte a sus hombres en caricaturas *machistas*. No, no me convencen todos los mitos de la tribu en la que nací. Comprendo por qué, cuanto más teñidas están de sangre Angla, más firmemente ensalzan mis hermanas de color y descoloridas los valores de su cultura de color a fin de compensar la extrema devaluación de esa cultura a manos de la blanca. Es una reacción legítima. Pero yo no voy a honrar esos aspectos de mi cultura que me han herido y que me han herido en aras de protegerme.

Así que no me vengan con sus dogmas y sus leyes. No me vengan con sus tibios dioses. Lo que yo quiero es una rendición de cuentas con las tres culturas —la blanca, la mexicana, la indígena—. Quiero la libertad para tallar y esculpir mi propia cara,

restañar la hemorragia con cenizas, fabricarme mis propios dioses con mis entrañas. Y si se me niega la posibilidad de regresar a casa, tendré que ponerme en pie y reclamar mi espacio, creando una nueva cultura —*una cultura mestiza*— con mi propia madera, mis propios ladrillos y mortero y mi propia arquitectura feminista.

La herida de la *india-Mestiza*

Estas carnes indias que despreciamos nosotros los mexicanos así como despreciamos y condenamos a nuestra madre, Malinali. Nos condenamos a nosotros mismos. Esta raza vencida, enemigo cuerpo.

No yo traicioné a mi gente, sino ellos a mí. *Malinali Tenepat* o *Malintzín*, conocida como *la Chingada* —*the fucked one*—. Se ha convertido en la mala palabra que sale mil veces al día de boca de los Chicanos. Puta, prostituta, la mujer que vendió a su pueblo a los españoles son epítetos que los Chicanos sueltan con desprecio.

La peor traición reside en hacernos creer que es la mujer indígena en nosotras quien traiciona. Nosotras, *indias y mestizas*, actuamos como policías hacia nuestra india interior, la maltratamos y la condenamos. La cultura masculina ha hecho un buen trabajo con nosotras. *Son las costumbres que traicionan. La india en mí es la sombra: La Chingada, Tlazolteotl, Coatlicue. Son ellas que oímos lamentando a sus hijas perdidas.*

No yo traicioné a mi gente, sino ellos a mí. Por el color de mi piel me traicionaron. La mujer de piel oscura ha sido silenciada, amordazada, enjaulada, forzada a la servidumbre por medio del matrimonio, apaleada durante trescientos años, esterilizada y castrada en el siglo xx. Durante trescientos años ha sido una esclava, mano de obra barata, colonizada por el español, por el Anglo, por su propio pueblo (y en Mesoamérica, bajo el patriarcado indio, su vida no estaba libre de agresiones). Durante trescientos años fue invisible, no se la oía. Muchas veces deseó hablar, actuar, protestar,

desafiar. Lo tenía todo en contra. Ocultó sus sentimientos; encubrió sus verdades; escondió su fuego; pero no dejó de atizar la llama interior. Siguió sin tener rostro ni voz, pero una luz atravesaba su velo de silencio. Y aunque ella no podía extender sus miembros y, aunque para ella en este momento el sol se ha hundido hasta lo profundo de la tierra y no hay luna, ella continúa alimentando la llama. El espíritu del fuego la espolea a que luche por su propia piel y por un trozo de tierra sobre el que pararse, una tierra desde la que ver el mundo —una perspectiva, un terreno propio donde poder sondear las ricas raíces ancestrales hasta llegar a su propio corazón abundante de *mestiza*—. Ella espera hasta que las aguas ya no sean tan turbulentas y las montañas no estén tan resbaladizas por el hielo. Dolorida y maltrecha espera, sus moraduras la envían de vuelta a sí misma y al pulso rítmico de lo femenino. *Coatlalopeuh* espera con ella.

*Aquí en la soledad prospera su rebeldía.
En la soledad Ella prospera.*